

# EL OBRERO.

PERIÓDICO SEMANAL.—ORGANO DE LA SOCIEDAD DE ARTES Y OFICIOS.

Solidariamente responsable.

LA SOCIEDAD.

San José, 8 de Noviembre de 1890.

ADMINISTRADOR.

F. S. CAMACHO.

## CONDICIONES.

12 Números ..... \$ 1-00  
Número suelto ..... 0-10  
Avisos y remitidos á precios convencionales.  
Comunicados de interés general GRATIS.

## El Obrero.

### POLITICA QUE NO ES POLITICA.

Artículo 64.—*Queda absolutamente prohibido á todos los socios, tratar en sus reuniones de política militante ó de religión.*

#### Estadutos de la Sociedad.

En el número primero de esta hoja, entre otras cosas dijimos: Las cuestiones religiosas y la política de partidos quedan eliminados de nuestro programa oficial por cuanto ellas pueden efectar la responsabilidad moral de la Sociedad etc. etc. se publicarán trabajos de interés particular hasta personal pago mediante y con firma conocida responsable, condición sin la cual no se dará publicidad á los artículos que no sean de la Redacción.

Sin ir más lejos permítasenos hacer constar que no existe ley alguna en la Sociedad de Artes y Oficios que prohíba á "El Obrero" mezclarse en cuestiones políticas ó religiosas ni en el campo de los comunicados, ni en el campo editorial, y conste también que fuimos nosotros los que espontáneamente prometemos, al hacernos cargo de la Redacción, fomentar la armonía y la unión de nuestra sociedad haciendo caso omiso de discusiones sobre política de partidos y sobre religión, más no por eso nos falta derecho para inmiscuirnos en cualquier cuestión de política general, sin embargo de haber observado y cumplido fielmente hasta aquí nuestro programa editorial.

"El Obrero" también es un periódico independiente y no por que salga de las prensas nacionales tiene que guardar silencio delante de los actos del Gobierno, que merezca censura; "El Obrero" editorialmente también ha censurado cuando lo ha creído justo y esas censuras han llegado hasta el Gobierno envueltos en el respeto que se le debe y nunca con el desenfreno de ciertos periódicos de oposición.

La mayor parte de nuestro tiem-

po hemos caminado casi desapercibidos, nos hemos esforzado por tratar con el público cuestiones de interés, hemos solicitado la cooperación de personas eruditas para que la clase obrera reciba siquiera de cuando en cuando artículos instructivos y de mucho fondo, y hemos tenido la suerte de ver engalanadas las columnas de nuestra hoja con magníficos artículos del Doctor don Juan F. Ferraz, con producciones narrativas y descriptivas de nuestro suelo, producciones hijas de un humilde pero infatigable colaborador nuestro el señor Golcher; y hemos informado al público, por medio de traducciones de periódicos extranjeros, en asuntos de interés, debido al buen deseo y á los esfuerzos de nuestro amigo el colaborador traductor, y finalmente vimos enriquecido el último número de este semanal con el elegante y bien elaborado artículo del Doctor don Julián Parreño á quien debemos mucha gratitud por su fineza; este ha sido nuestro modo de obrar tocante al periódico y gracias á los que animados de tan buen deseo nos han ayudado á llegar á la altura en que estamos sin haber merecido mas aliento que nuestra propia satisfacción y algunas benevolas expresiones de *La Prensa Libre*, todos los demás organos de la prensa nacional sólo hemos merecido indiferencia de los unos y ataques muy injustos de los otros. Gracias estimadísimos caballeros.

Para ser algo es preciso entrar en la política de partidos, es necesario ser impolítico, es indispensable ser opositor sistemado; pues bien nos otros nos atrevemos á entrar en política que no sea esa política ruin semejante á la de los muchachos que arman camorra por que no se les quite el pan, ó que lloran por que les faltó el pecho, ó que aturden con sus chillidos por que nó se les dá pronto lo que piden.

Entraremos en la política siguiendo los consejos de aquellos que han sido dedicados en llamar á cada cosa por su nombre, de aquellos que si han sido elogiado es por que han sentido su corazón rebozar de santo placer al ver cumplido un acto digno, y no de los que han elogiado cuando solo han sentido llenos sus bolsillos, criticaremos como los que habiendo llevado una vida independiente no han necesitado de los desalientos de lo cesantía para arremeter airados contra

las nubecillas que los separan del mundo de las figuras, haremos de nuestro papel verdaderos abanicos, abanicos gigantes para ahuyentar zancudos encarnados en las personas de algunos.

Veremos si los quisquillosos saben secundar nuestro propósito de ahora, como han sabido lamentarse de desgracias que no existen ó de alusiones que no les hemos dirigido.

EL REDACTOR.

### EL OBRERO.

I.

El trabajo es el crisol do el alma se purifica, ha dicho un poeta refiriéndose á la influencia del trabajo en la parte moral del individuo. Si lo consideramos desde el punto de vista progresivo que ejerce sobre las sociedades, observamos que él es el único capaz de transformar los lugares estériles y los eriales en fecundas dehesas y fértiles campos donde pasten los ganados y donde el agricultor riegue con esperanza fundada, la fructífera semilla.

La transformación que las poblaciones sufren en lo que se refiere á la construcción arquitectónica de sus edificios y monumentos, y los elevados capitales y ojevalados adornes que dan realce y esplendor á ellas, son obras que muestran el adelanto del obrero. Y ese sencillo y modesto soldado del progreso que pasa desapercibido muchas veces, aún hoy que ya se le considera en otra esfera que en la ocupada por él anteriormente, es, digámoslo así, una fuerte palanca para el levantamiento de los pueblos. Gladiador incansable que sostiene luchas hasta con la naturaleza, va cabizbajo y meditabundo á ocupar su fuerza y su magín reduciendo materias de la forma bruta á la artística, socavando territorios para facilitar el tránsito, llevando á la almoneda los objetos obra de su ingenio y fruto de su trabajo que trueca por la moneda que le dará sustento. Lo que hemos dicho no basta ni bastarian volúmenes para poder descifrar con detenimiento las ventajas del verdadero obrero, del educado, del que lleve como norma en su vida el trabajo, y como norte en sus procederés la honradez que con nada puede superarse.

El que reuna tales condiciones será ejemplo del hombre probo, el

transformador del orbe, el que por todas partes corona las naciones con sus grandiosos monumentos para que allí admirando el talento de su siglo, se vea el arte exhibiendo sus delicados perfiles ó la fuerte y colosal columna manifestando lo grande y sublime de que es capaz la inteligencia humana. Hasta ahí sondearán con su talento perspicaz los admiradores de elevada concepción.

El sencillo obrero verá simplemente en tales obras una manifestación del trabajo, una acumulación de fuerzas ordenadas con cuyo auxilio se han ido engranando unas con otras las piedras ó demás materias que colocadas simétricamente están prestando utilidad. Para que él pueda satisfacer su curiosidad en la esfera en que vive, necesario es que la biblioteca, el periódico y las agrupaciones de obreros que trabajan con el fin de ilustrarse, le llamen á su seno para que allí, la voz del tribuno unida á la elocuente del libro que debe ser su recreación, hagan de él el hombre que requiere el arte, el meditador que profundizando los secretos de la arquitectura, mecánica, escultura etc., etc., pueda sacar más tarde el resultado eficaz que ambiciona para mejorar su profesión y conseguir su fin que debe ser el noble del perfeccionamiento. A eso debe tender, ahí deben ir sus deseos, sin dejar desapercibida la parte que corresponde á su cultura moral que no debe cejar ni un ápice de la artística, física é intelectual.

El secreto de su misión está en el de todo hombre. Sus aspiraciones deben ser grandiosas. Amar lo bello y lo artístico en la parte estética que corresponde á su espíritu creador cualquiera que sea la profesión que ejercite.

Tener conocimiento exacto de los deberes que como ciudadano tiene; la observación minuciosa del cumplimiento de las obligaciones que las leyes le imponen, y sobre todo, aspirar á ser el tipo del hombre económico, ordenado y trabajador deben formar parte de las prescripciones que á él son necesarias. Debe también procurar ver en su porvenir una aurora risueña creada por medio del ahorro y que pueda satisfacer las necesidades de su vejez, esa edad que en general es época desgraciada para el hombre que no ha empleado bien su juventud.

Tales deben ser sus deseos. No dejar en el rastro que marcó al cru-

zar por esta mísera vida, manchas que puedan hacer ingrata su memoria.

Octubre de 1890.

TEODORO PICADO.

### EL MÉDICO PRACTICO.

(Colaboración).

Quizá si este libro no hubiese dividido la opinión de nuestros facultativos, no habría despertado interés alguno en la generalidad que no puede estar en situación de interesarse por una obra cualquiera por solo los méritos de ella que no conoce.

La parte inteligente de nuestra sociedad ha fallado á nuestro juicio en sentido favorable puesto que ha suscrito peticiones de obra referida.

Respetamos tantísimo la opinión de ciertas personas que por sus méritos jamás puestos en tela de juicio, pudiéramos llamarlas oráculos, que desconfiamos por un momento al leer su informe desfavorable.

Sin embargo, el Sr. Pérez Llorente, cumplido caballero, agente encargado de la venta de la obra, nos hizo el favor de mostrarnos el extenso prospecto de ésta y nos dió explicaciones tan claras, tan sin pretensiones, no solamente de la bondad de la obra sino de los poderosos motivos que algunos médicos tuvieron para no recomendar la obra al público, que, sen como fuese, nosotros quedamos pensando bien del libro.

Ridículo sería que, dada nuestra ignorancia, escribiésemos artículos de alabanza á esa obra; pero si veriáramos con mucho gusto que los señores agentes honrarán nuestro semanario escribiendo en él y lo mismo aquellas personas que no parecen simpatizar con la obra en referencia. Así podíamos todos formarnos juicio imparcial y adoptar ó rechazar el libro.

Al que le caiga la cantella...

No hace muchos días hubo que lamentar la desgracia ocurrida á los obreros Chico Zúñiga, Manuel Herrera y otros cuyos nombres no recordamos, desgracia acaecida en el edificio que se construye para Colegio de Señoritas. Hemos pedido datos y en vista de ellos preguntáramos al Empresario:

¿Cree Ud. señor maestro, que es preferible que se maten seis ó más hombres á hacer Ud. un gasto aunque no fuera más que por humanidad si en su contrato, con gran imprevisión, no se hablara del andamiage?

Nosotros, ignorantes, no sabemos si en este país existe algún empleado que tenga la obligación de vigilar y porvenir casos semejantes. Si hay quien obligue á derribar una pared desplomada. ¿No hay quien vigile si los andamios de una construcción están podridos y van ocasionar las lágrimas y luto

de familias dignas de mejor suerte? ¿Es el Director de Obras Públicas el Ingeniero Municipal ó quien es el culpable?

Suplicamos al señor Ministro tome nota de esto.

### Costa Rica y Colombia.

Creemos también con "El Herald" que el "Porvenir de Cartagena" se ha entretenido en hacer el payazo; pero de todos modos aplaudimos la entereza de nuestro Ministro del Exterior.

Hay algo que aún el más débil puede hacer, tener dignidad.

Por la ley del más fuerte, Costa Rica parece sentenciada de antemano.

Por la ley del menos digno Costa Rica triunfaría aún siendo vencida.

Muy duro se nos hace creer que el Gobierno de una Nación culta y altamente civilizada tenga pretensiones de quijote conquistador.

Fresco aún está el recuerdo de lo sucedido al brillante ejército francés en España.

Si los costarricenses somos pocos, si nuestra patria carece de Marina y elementos de Guerra, sus hijos abundamos en amor por ella y la historia demuestra cuán difícil es domar un pueblo amante de su libertad y autonomía, aún cuando para defenderse tenga solo la mano.

No queremos ni suponer que el Ilustre Congreso Colombiano haya autorizado á Holguín para enagenar nuestros territorios, pero si hubiese si hubiese sucedido así, vengan á tomarlos.

Tiempo hace ya que como una espada de Damocles tenemos suspendida sobre nuestra cabeza la política del piso alto y á todos los costarricenses nos sería agradable una solución final, pero completa y decisiva.

Esto no es decir que rechazamos la Diplomacia y el arbitraje, al contrario, siempre se lo hemos propuesto á nuestra hermanita, y siempre hemos pensado los costarricenses que son esos los únicos medios que la justicia y la civilización tienen para derimir las diferencias entre las naciones.

Seguros estamos que el sensato pueblo colombiano piensa también así.

### SECCION HUMORISTICA.

Si decimos como los periodistas de moda: "La demasiada abundancia de materiales no nos permite etc., etc., (aunque los infelices tienen tal abundancia de... espacios, que entre suelto y suelto cabría un pleito de perros), pues bien, si dejáramos eso, no sería cierto porque no nos queda más remedio que confesarnos reducidos á pavesas con los dos fuegos graneados que sobre nosotros se han dignado cruzar las potentísimas baterías de campaña llamadas Réd y Chi-

ra ¡qué par de vástagos!!! y hasta el sábado hijos míos, porque estoy envenenado... Sí señores, pero no como Lolo, el protagonista de la historietta del otro sábado, ni como cierto Cirineo ni como cierto chivo, sino pura y simplemente con antipirina; los boticarios no quieren creer que es veneno y lo venden como quien vende rábanos. Y mi buen amigo el Redactor que es algo así como firmáteseco queda exceptuado de tal cargo por no merecerlo... (ó talvez por ser Redactor).

### INSERCIONES.

### EL AHORRO

por SAMUEL SMILES,

(Continúa.)

La mera riqueza material que nos ha sido legada por nuestros antecesores forma tan sólo una partida insignificante en la suma de nuestra herencia. Nuestros derechos de nacimiento cuentan con algo más impercedero: la suma de los efectos útiles de la aptitud y del trabajo humanos. Estos efectos no han sido transmitidos por medio del estudio, sino por la enseñanza y el ejemplo. Una generación ha enseñado á otra, y de esa manera han continuado siendo preservados el arte y la mecánica, y el conocimiento de las aplicaciones y los materiales mecánicos. Los trabajos y los esfuerzos de las generaciones anteriores se transmitían de ese modo de padre á hijo, y continuaban siendo herencia natural de la raza humana, uno de los instrumentos más importantes de la civilización.

Nuestros derechos de nacimiento consisten, pues, en los efectos útiles de los trabajos de nuestros antecesores; pero no podemos disfrutarlos sin que tomemos parte en la obra. Todos deben trabajar, ya sea con las manos ó con la cabeza. Sin el trabajo, de nada vale la vida; se convierte en un simple estado de letargo moral. No nos referimos al trabajo meramente físico. Hay muchísimo más trabajo en un orden más elevado, el trabajo de la acción y del sufrimiento, de la prueba y de la paciencia, de la empresa y de la filantropía, de difundir la verdad y la civilización, de disminuir el sufrimiento y aliviar á los pobres, de ayudar á los débiles y de ponerlos en condición de ayudarse á sí mismos.

Un corazón noble,—dice Barrow,—desdeñará vivir del trabajo de otros, como un zángano de colmena, como sabandija que hurta su alimento en los graneros públicos, ó como tiburón que devora los peces pequeños, sino que sobrepujará sus obligaciones privadas por el cuidado y afán de otros hombres, con servicios y beneficios considerables hechos al público; porque no hay posición de ninguna clase, desde el cetro hasta el azadón, cuyo desempeño con algún éxito, crédito ó satisfacción, no exija mucho trabajo de cabeza, ó de manos, ó de ambas cosas á la vez.

El trabajo no es sólo una necesidad, sino también un placer. Lo que de otra manera sería una maldición, se convierte en bendición á causa de la constitución de nuestro sistema físico. Nuestra vida es un conflicto con la naturaleza, en ciertos conceptos, pero en otros es también una coope-

ración con la naturaleza. El sol, el aire y la tierra están constantemente abstrayendo de nosotros nuestras fuerzas vitales. De ahí que tengamos que comer y beber para alimentarnos y que nos vistamos para adquirir calor.

La naturaleza trabaja con nosotros; provee la tierra que nosotros aramos; hace crecer y madurar las semillas que sembramos y cosechamos. Proporciona, con la ayuda del trabajo humano, la lana que tejemos y el alimento que nos nutre. Y nunca debiera olvidarse, por ricos ó pobres que seamos, que todo lo que comemos, todo aquello con que nos vestimos, todo lo que nos sirve de techo y abrigo, desde el palacio hasta la choza, es producto del trabajo.

Los hombres cooperan entre sí para el mantenimiento mútuo de todos. El labrador cultiva la tierra y provee de alimento; el fabricante teje los paños, que el sastre y la costura convierten en vestidos, y los albañiles edifican las casas en que disfrutamos la vida doméstica. Así, pues, es grande el número de los operarios que contribuyen á crear el resultado general.

El trabajo y la aptitud aplicados á las cosas más vulgares les dan desde luego un valor precioso. El trabajo es realmente la vida de la humanidad; quitadlo, desterradlo, y la raza de Adán quedaría en el acto herida de muerte. "Aquel que no quiera trabajar,—dijo San Pablo,—tampoco deberá comer;" y el apóstol se gloriaba de que había trabajado con sus propias manos, y nunca había sido una carga para ningún hombre. Harto conocida es la historia de un viejo labrador que llamó á sus tres ociosos hijos, estando en el lecho de la muerte, para comunicárles un importante secreto.—"Hijos míos, les digo, un gran tesoro está escondido en la propiedad que os voy á dejar."—El anciano dió una boqueada.—¿Dónde está escondido?—preguntaron sus hijos á una voz.—"Os lo voy á decir,—dijo el anciano,—tendréis que cavar..." pero le faltó el aliento antes que pudiera comunicar el importante secreto, y murió. Inmediatamente se pusieron los hijos á trabajar con palas y azadas los campos abandonados desde tanto tiempo, y dieron vuelta á todo terrón, á todo césped de la propiedad. No descubrieron tesoro ninguno, pero aprendieron á trabajar, y llegó la cosecha, el producto fué inmenso, á consecuencia de aquella labranza tan completa que había sufrido.—Entonces descubrieron el tesoro escondido en la heredad, del que su sabio padre les había prevenido. (1).

El trabajo es á la vez una carga, un castigo, un honor y un placer.—Puede ser identificado con la pobreza, pero también hay gloria en él. Atestigüa á la vez nuestras carencias y nuestras muchas necesidades. ¿Qué serían el hombre, la vida y la civilización, sin el trabajo? Todo lo que es grande en el hombre procede del trabajo: grandeza en el arte, en la literatura, en la ciencia. El saber—*alas con que volamos hacia el cielo*—sólo se adquiere por medio del trabajo. El genio sólo es la capacidad de trabajar intensamente, la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes. El trabajo puede ser un castigo, pero lo es glorioso. Es dignidad, deber, nombradía é inmortalidad, para aquellos que trabajan con los más elevados objetivos y por los propósitos más puros.

Hay muchos que murmuran y se quejan de la ley del trabajo en que vivimos, sin reflexionar que la obe-

(1) Tomado de la conocida fábula de La Fontaine, *le Laitneur et ses enfants*. N. del T.

diencia á ella no solamente está conforme con la voluntad divina, sino que es también necesaria para el desarrollo de la inteligencia y para el goce completo de nuestra común naturaleza. De todos los hombres míseros, los ociosos son aquellos que más lo son: aquellos cuya vida es árida en utilidad, que no tiene otra cosa que hacer sino complacer á sus sentidos. No son esos hombres los más quejumbrosos, miserables y descontentadizos de todos; constantemente en estado de fastidio, tan inútiles para sí como para los demás, meros estorbos en la tierra, que cuando se alejan, nadie los echa de menos, y á quienes nadie compadece. La suerte de los ociosos es, en verdad, la suerte más mísera é inoble.

¿Quiénes han ayudado tanto al mundo en su marcha progresiva como los trabajadores, los hombres que han tenido que trabajar por necesidad ó por gusto? Todo lo que llamamos progreso-civilización, bienestar y prosperidad depende de la laboriosidad bien aplicada, desde el cultivo de un tallo de cebada, hasta la construcción de un buque de vapor, desde coser un cuello hasta esculpir la estatua que al mundo encanta.

Todos los pensamientos útiles y bellos, son también resultado del trabajo, del estudio, de la observación, del examen, de la elaboración activa. El poema más noble no puede elaborarse y sus inmortales armonías ser transmitidas al porvenir, sin labor constante y afanosa. Jamás ha sido hecha una grande obra de carrera, de golpe. Es resultado de repetidos esfuerzos, y á menudo de muchos fracasos. Una generación principia y otro continúa, cooperando el presente con el pasado. Así fué como el Partenón tuvo principio en una choza de barro, y el Juicio Final en algunos diseños trazados en la arena. Lo mismo sucede con los individuos de la raza: principian con esfuerzos, que abostan, pero por medio de la perseverancia llegan á resultados de éxito.

La historia de la laboriosidad es uniforme en el carácter de sus ejemplos. La laboriosidad pone al hombre más pobre en condición de alcanzar honor ó distinción. Los nombres más grandes de la historia del arte, la literatura y la ciencia son de hombres laboriosos. Un fabricante laborioso de instrumentos nos dió la máquina de vapor; un barbero, la máquina de hilar; un tejedor, la *juanilla* de tejer algodón; un peón minero perfeccionó la locomotora; y hombres trabajadores de todas condiciones han contribuido, uno tras otro, á los triunfos de la habilidad mecánica.

Por hombre trabajador no entendemos únicamente al que trabaja con sus músculos y sus hombros. Un caballo podría hacer esto. Pero el hombre trabajador preeminente es aquel que trabaja también con su cerebro y cuyo sistema físico está por completo bajo la influencia de sus facultades más elevadas. El individuo que pinta un cuadro, que escribe un libro, que hace una ley, que crea un poema, es un trabajador del orden más elevado, no tan necesario al sostenimiento físico de la comunidad como el labrador ó el pastor, pero no menos importante, porque da á la sociedad el alimento intelectual más elevado.

Dicho ya todo esto sobre la importancia y la necesidad de la laboriosidad, vamos á ver qué uso se hace de las ventajas que se derivan de ella. Es evidente que el hombre hubiera continuado siendo inerte si no hu-

biera sido por las acumulaciones de ahorros hechos por sus antecesores, los ahorros de la habilidad, del arte, de la invención y de la cultura intelectual.

Los ahorros de la sociedad han producido la civilización del mundo. Los ahorros son el resultado del trabajo, y sólo cuando los trabajadores principian á economizar, principian también á acumularse los resultados de la civilización. Hemos dicho que el ahorro principió con la civilización; podíamos muy bien haber dicho que el ahorro produjo la civilización. El ahorro produce el capital, y el capital es el resultado conservado del trabajo. El capitalista no es más que un hombre que no gasta todo lo que ha ganado con su trabajo.

El ahorro no es un instinto natural. Es un principio de conducta que se adquiere. Comprende la abnegación de sí mismo, la supresión del goce presente por el bien futuro, la subordinación del apetito animal á la razón, á la previsión y á la prudencia. Trabaja para hoy, pero también provee para mañana. Invierte el capital que ha economizado y hace provisión para lo futuro.

“El derecho del hombre á prever lo futuro, que le ha sido conferido por la razón,—dice Eduardo Dénison,—hale agregado el deber de proveer para ese porvenir, y nuestro lenguaje atestigua esta verdad al usar esa palabra, como expresando una precaución activa contra la necesidad futura, que en su significación radical implica únicamente una presciencia pasiva de la misma. Cada vez que hablamos de la *virtud de la providencia*, presumimos que, estar prevenido es estar preparado. Conocer lo futuro no es virtud, pero la más grande de las virtudes es prepararse para él.” (1).

Pero un gran número de los hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado. Sólo piensan en el presente. Nada guardan. Gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí: no atesoran para sus familias. Pueden ganar crecidos sueldos, pero consumen todo cuanto ganan. Esos individuos son constantemente pobres y caminan al borde de las privaciones.

Lo mismo sucede con las naciones. Los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para la producción futura, no tienen capital, como las personas pródigas, viven de manos á boca, y siempre están pobres y miserables. Las naciones que no tienen capital, no tienen comercio. No tienen acumulaciones de qué poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales ni ferrocarriles. La laboriosidad económica, está en el fondo mismo de la civilización del mundo.

Ved á España. Allí, el suelo más rico es el menos productivo. A orillas del Guadalquivir, donde existieron una vez doce mil villas, no hay ahora ochocientas, y están llenas de mendigos. Dice un proverbio español: *El suelo y el cielo son buenos; el entresuelo malo*. Bueno es el cielo, y la tierra es buena, sólo es malo aquello que está entre el cielo y la tierra. El esfuerzo continuado ó el trabajo paciente, es una cosa insostenible para el español. Parte á causa de la indolencia y parte á causa del orgullo, no puede someterse al trabajo. Un español se ruborizará de trabajar, pe-

ro no se ruborizará de mendigar. (1).

De esa manera es como la sociedad se divide principalmente en dos clases; los que economizan y los pródigos; el previsor y el imprevisor, el ahorrador y el despilfarrador, los que tienen y los que no tienen.

Los hombres que economizan por medio del trabajo llegan á ser dueños de un capital que pone á otro trabajo en movimiento. El capital se acumula en sus manos y emplean otros para que trabajen para ellos. Así principia el trabajo y el comercio.

Los económicos edifican casas, almacenes y fábricas. Proveen á las fábricas de herramientas y máquinas. Construyen buques y los mandan á las diferentes partes del mundo. Reunen sus capitales y construyen ferrocarriles, puertos y diques. Abren minas de carbón, hierro y cobre, y establecen bombas para desecarlas. Emplean operarios para trabajar en las minas, y de ese modo dan origen á una inmensa cantidad de ocupación.

Todo eso es resultado del ahorro, de economizar el dinero y emplearlo para fines beneficiosos. El hombre pródigo no tiene parte en el progreso del mundo. Gasta todo lo que adquiere, y no puede dar ayuda á nadie. Cualquiera que sea el dinero que gane, nunca se eleva su posición. No ahorra ninguno de sus recursos. Siempre está pidiendo ayuda. Es en realidad el siervo y el esclavo innato del ahorrador.

## Sueltos.

Hay quien opine en esta capita, que el que trabaja en un oficio manual no debe meterse á escritor ni á poeta por aquello de “zapatero á tus zapatos”. Esto es tanto como negar el derecho de pensar.—Olvidan al decir esto que por más que el cuerpo esquive, como des-

(1) EUGENIO PORROT. *España y su pueblo*, p. 184-188 (\*).

(\*) Es una vulgaridad creer que los pueblos del mediodía no trabajan, como fuera una vulgaridad decir que los italianos, los franceses y los españoles son gentes holgazanas que pasan el tiempo tomando el sol. Conviene desvanecer estas erróneas preocupaciones en que incurren muchos escritores de los países del Norte. Pocos pueblos hay, precisamente, que hayan dado tantas pruebas de esfuerzo continuado en la adversidad, de trabajo paciente y de sobriedad como el pueblo español.—El mundo está lleno de proezas suyas, y por cierto que para realizarlas ha necesitado esfuerzo y trabajo.

Pero á los pueblos latinos, como á otros pueblos, les ha sucedido que después de un apogeo colosal han tenido que pasar por siglos de decadencia; esa es la ley de la humanidad, y comprende á todas las razas; no se ha hecho exclusivamente para los españoles ó para los italianos. El progreso y el adelanto hacen que la hora de la reorganización haya sonado ya en el reloj del tiempo, y hoy los españoles trabajan como trabajan los ingleses ó los alemanes, y relativamente no hay en España más mendigos que en Inglaterra, ni en Madrid más harapientos pordioseros que en Londres.

El afán de atesorar no existe entre los españoles con igual vehemencia que entre los ingleses, porque los españoles tienen más desprendimiento y mayor generosidad. La uniformidad, si método, la severidad, son nobles cualidades cuando no se llevan al exceso, y para contribuir á difundirlas, dentro de nuestra modesta esfera de acción, damos á conocer á los lectores hispano-americanos obras como las de Smiles, pero bueno fuera también, que por entre las espigas y tristes brumas del Norte penetrasen los albores de esa dulce filosofía meridional, que á pesar de su improvisación produce momentos de solaz y de grato consuelo, pues como dice el cantar:

Mal fin tenga el mes de Enero  
Con todas sus ganancias,  
Mañana, me muero yo:  
¿Para qué quiero caudales?

(Nota del T.)

doroso, el trabajo, el cerebro nunca reposa.

Hablando fisiológicamente, el cerebro de todos los hombres es igual y los bellos pensamientos pueden acudir lo mismo á la mente de un pobre como á la imaginación de un rico. ¡Cuántas veces contemplamos con más cuidado la flor que espontánea sale de entre abruptas breñas y que tiene su tallo endurecido al aquilón, que la parásita cultivada en esmerado jardín y que al más ligero aliento de la brisa dobla su bejuco enclenque.

Aquí se puede repetir lo que escribió el que habla, en su periódico *El Renacimiento*, de fecha 15 de marzo de 1887.

“El hombre no ha nacido solamente para comer y dormir y para el trabajo; otra es su misión sobre la tierra; hay en su cerebro algo que le distingue de los brutos que domina, hay una chispa sublime con que el Creador le distingue de los demás seres y cosas que forman el armónico concierto de la Naturaleza. Ese algo divino llámase pensamiento ó idea y ese pensamiento ó idea se expresa con la palabra ó con la pluma. ¡Insensatos los que pretenden amordazar al que habla ó violentar la mano del que escribe!

La idea es Moisés y Bolívar, Colón y Víctor Hugo y Franklin, Gutenberg y Fultón, Newton y Byron y otros tantos que han alumbrado al mundo con las concepciones de su mente.

Las artes como las ciencias, la filosofía como el progreso, la civilización como la poesía, deben á las inspiraciones fraguadas en el cerebro humano sus adelantos y sus glorias.

Y por idea ha luchado y luchará siempre la humanidad, ora en el campo de la discusión—de donde sale la luz—ora en el campo de batalla—de donde brota el dolor—y ora en el hermoso terreno de la prensa—el mejor galardón de los tiempos modernos”.

(Tomado de un recorte).

Hemos sido favorecidos con la tarjeta circular de los señores Padrón y Castro, encuadernadores establecidos en esta capital, calle Universidad, ó sea 1ª Avenida, Sur, N.º 9.

## AVISOS.

Sastrería de R. Castro Sánchez

En esta fecha he abierto un establecimiento de sastrería en el mismo lugar que ocupó la de don Estanislao Ramírez, antigua calle del Cuño, frente al hotel de Sacripanti. Allí encontrará el público magnífico surtido de casimíres, exactitud en la entrega de las obras y precios equitativos. Personalmente estaré yo al frente del taller y en mi ausencia don Carlos Días.

RAMÓN CASTRO SANCHEZ.

San José. 15 de Setiembre de 1890.

---

# TALLERES DE LA SOCIEDAD

## DE

### “ARTES Y OFICIOS.”

---

Habiendo habierto talleres de carpintería y herrería en el mismo local que antes existieron los Nacionales, ofrecemos hacernos cargo de trabajos particulares, tanto en el ramo de carpintería como en el de herrería, á saber: construcciones de casas, reparaciones de edificios, muebles finos y ordinarios; en el ramo de herrería: se herran bestias y se hacen trabajos de toda clase.

Se venden puertas muy lujosas propias para zaguanes de casas y ventanas de estilo moderno.

Pintura, ocre é infinidad de artículos de ferretería como llaves, visagras, vidrios, & &.

Pronto tendremos el gusto de abrir una ferretería bien surtida para lo cual se va á pedir directamente toda clase de artículos de mayor consumo.

Nos hacemos cargo de traer por comisión, tanto de Europa como de Norte América, todo lo que se nos encargue.

Para levantamientos de planos, contamos con la comisión de ingenieros miembros de la misma sociedad.

El Administrador,

Juan Rodríguez M.

San José, Noviembre 8 de 1890.